

SZYMON NOWAK

El médico de Auschwitz

*La verdadera historia de Józef Bellert, el médico que
organizó un hospital para casi cinco mil personas en
el mayor campo de exterminio del mundo*

Traducción de Higinio J. Paterna

SEKOTIA



THIS PUBLICATION HAS BEEN SUPPORTED BY THE
©POLAND TRANSLATION PROGRAM

Título original: *Lekarz en Auschwitz*, 2020

© SZYMON NOWAK, 2022
© de la traducción: HIGINIO J. PATERNA, 2022
© EDITORIAL ALMUZARA, S.L., 2022

Primera edición: octubre de 2022

Reservados todos los derechos. «No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea mecánico, electrónico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.»

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

EDITORIAL SEKOTIA • NARRATIVA CON VALORES
Editor: Humberto Pérez-Tomé Román
Maquetación: Miguel Andreu

WWW.SEKOTIA.COM
info@almazaralibros.com

EDITORIAL ALMUZARA
Parque Logístico de Córdoba. Ctra. Palma del Río, km 4
C/8, Nave L2, nº 3, 14005 - Córdoba

Imprime: Romanyà Valls
ISBN: 978-84-11311-92-2
Depósito legal: CO-1496-2022

Hecho e impreso en España - *Made and printed in Spain*

«*God with us...*» [*Dios con nosotros*]
—*¡Eso es mentira!*
¡No necesitasteis de su ayuda para matar a nadie!
(*Ryszard Radwanski*)

Mi agradecimiento, tanto por la ayuda prestada como por facilitarme el acceso a los materiales necesarios para escribir este libro al Archivo del Museo Nacional Auschwitz-Birkenau, al Archivo Nacional de Kielce, a la Biblioteca Nacional, a la Biblioteca Médica Central Stanislaw Konopka de Varsovia y al Instituto de Memoria Nacional.

Quiero expresar especiales muestras de agradecimiento al doctor Wojciech Plosa, director del Archivo del Museo Nacional Auschwitz-Birkenau.

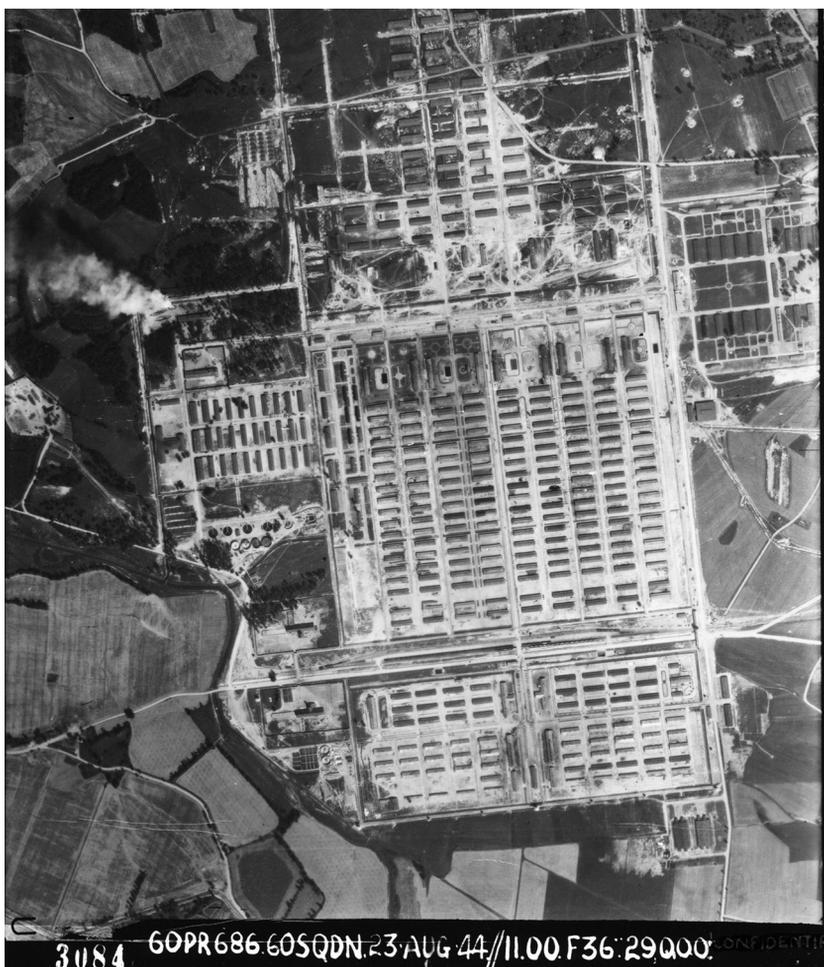
Índice

DEL AUTOR	15
LA BIENVENIDA.....	19
LA CAPITULACIÓN	29
EL PRIMER CAMPO DE PRISIONEROS	35
EL DOCUMENTAL.....	39
EL COMIENZO DEL ÉXODO.....	43
EL CAMINO	45
PERIODO DE TRANSICIÓN.....	55
LA EVASIÓN.....	59
LA CACERÍA	63
MAGNANIMIDAD.....	69
EL COCHE-SALÓN.....	75
LIBERTAD.....	79
LIBERTADORES EN ABRIGOS DE LIENZO BLANCO.....	89
NIÑOS.....	99
LA VIDA NOS DEBE UNA	107
PROPAGANDA.....	111
LOS SAMARITANOS DE LA MINA «BRZESZCZE»	115
LA DECISIÓN	121
LA REUNIÓN	131
LOS PRIMEROS SOCORRISTAS	141
NUEVO ORDEN	157
EL HALLAZGO	163
DIFÍCILES COMIENZOS	167
REGRESOS	177
MANOS A LA OBRA.....	179
LAS ENFERMERAS	183
EL REGRESO DE LOS SUPERHOMBRES.....	195

RESPECTO.....	211
PACIENTES Y MÉDICOS.....	219
UN TARRO DE MOSTAZA	225
LA TORRE DE BABEL.....	239
DECENCIA.....	245
GENTE NUEVA A BORDO	249
SOMBRAS DEL PASADO.....	259
ESPERANZA.....	263
CURIOSIDAD.....	281
FIESTAS.....	285
EL FIN DE LA GUERRA	289
EL HOSPITAL DE LA CRUZ ROJA.....	293
EL DIRECTOR BELLERT	297
LA VIDA DESPUÉS DE AUSCHWITZ.....	315
JÓZEF BELLERT	325
BIBLIOGRAFÍA ESCOGIDA	347



*Józef Bellert en el periodo de la ocupación alemana, 1940
(Biblioteca Médica Central Stanislaw Konopka de Varsovia)*



Auschwitz. La fábrica de la muerte a vista de pájaro. (Wikipedia)



*Fragmento del vallado y edificios del campo de Auschwitz, 1945
(Archivo Nacional del Museo Auschwitz-Birkenau)*



Rampa. Al fondo, se ven en el horizonte las chimeneas del crematorio. (Bundesarchiv)

DEL AUTOR

Auschwitz. Un nombre que solemos asociar con un acontecimiento: el genocidio que sufrieron judíos, polacos, rusos, etc. de manos de los nazis. Pero Auschwitz también fue un lugar en el que volvió a brotar la verdadera humanidad, enfrentándose a la máquina de la muerte hitleriana que trataba de deshumanizar a sus víctimas y a despojarlas de su dignidad humana.

Auschwitz tuvo sus héroes. Muchos han sido ya referidos en otras obras. Pero hay una parte de héroes anónimos, ocultos en el silencio de la historia, y de los que solo Dios tiene constancia de ellos.

Quiero traer a estas páginas a un hombre, de los miles que probablemente existieron, y que hoy prácticamente está olvidado. No encontraréis su biografía en los libros de texto, pero en 1945 logró que miles de los supervivientes de Auschwitz permanecieran con vida y recobraran la salud.

Józef Bellert tenía cincuenta y ocho por aquel entonces. No era un soldado de élite, como Wiltold Pilecki, ni tenía la aureola de santidad y misericordia que rodea al padre Maximiliano Kolbe, o de la indefensión de Czeslawa Kwoka. Pero, igual que ellos, creía vivir para los demás, que la medida de la humanidad es nuestra actitud para con los necesitados, con los repudiados o, en su caso, con los enfermos. Por eso, apenas el ejército

soviético liberó el campo, se presentó voluntario para trabajar en Auschwitz y en el erial de aquellas ruinas logró organizar el mayor hospital castrense de la II Guerra Mundial.

Todo aquello ocurría en un momento en el que acababa de desplazarse el frente. Aún humeaban los escombros de los crematorios que los nazis, antes de huir apresuradamente, habían volado por los aires para intentar no dejar huella. Permanecían allí unos cinco mil prisioneros de aquella fábrica de muerte, cuya maquinaria había acabado con la vida de más de un millón de existencias humanas. Se trataba de quienes habían sido incapaces de tomar parte, por sus propias fuerzas, en las atroces «marchas de la muerte» con las que los nazis evacuaron el campo, huyendo del Ejército Rojo.

Paradójicamente, los que habían sido condenados a morir obtuvieron una segunda oportunidad, una nueva vida, gracias a Bellert y a los compañeros de este, que asistieron a los necesitados a pesar de la falta de agua, de productos de higiene, de materiales de apósito, de medicinas y... de alcantarillado.

Había que ser muy duro no solo para atender a los expresidiarios en las condiciones que he tratado de exponer a lo largo de las páginas de este libro. La sola presencia en un lugar tan marcado por la muerte, en el que enfermeras y médicos palpaban las profundas heridas físicas y psíquicas de sus pacientes, suponía un reto colosal para quienes habían visto ya con sus propios ojos otros horrores de la guerra.

Józef Bellert, era un antiguo combatiente y médico reclutado en las Legiones Polacas durante la I Guerra Mundial, participó como soldado en la defensa de Polonia en 1939, durante la invasión alemana, fue miembro del ejército clandestino y participó del Levantamiento de Varsovia. Sobrevivió a la ocupación alemana y podría haber aguardado al fin de la guerra tranquilamente en Cracovia. Pero eso no iba con su carácter ni con su vocación. Ese «divino loco» lo dejó todo y, sintiéndose

llamado, se presentó en Auschwitz para ayudar a los supervivientes. Más aún: gracias a su actitud y a su tesón fue un ejemplo para otros y logró atraerse a otros muchos voluntarios.

Desgraciadamente no llevó un diario ni nos dejó sus memorias. Las únicas huellas de su paso por Auschwitz son unos cuantos informes, lacónicos y secos. ¿Era demasiado modesto para escribir sobre sí mismo o es que, sencillamente, no tuvo tiempo para ello? Este libro se basa fundamentalmente en los relatos de testigos oculares, documentos de archivo y publicaciones históricas. Puesto que el libro que tiene el lector entre manos, acerca de la historia de Józef Bellert y del hospital de la Cruz Roja Polaca en Oswiecim, tiene forma de novela, este autor ha podido introducir en la trama elementos de ficción.

Esta obra es, ante todo, un homenaje a Józef Bellert y a otras personas de su equipo de voluntarios —muchos de ellos seres anónimos— que se involucraron desinteresadamente en la labor humanitaria que se desarrolló en el hospital de la Cruz Roja polaca y que tantas vidas en Auschwitz en el año 1945.

LA BIENVENIDA

Verano de 1944

El tren avanzaba con lentitud. Sus ruedas chirriaban con estruendo sobre las vías. El convoy llevaba recorrido decenas de kilómetros durante aquella larga noche de otoño. En teoría, la monótona marcha tendría que haber adormecido a los pasajeros que se hacinaban en los vagones para animales del tren nocturno. Quizá los nazis habían ordenado al maquinista de que el viaje fuera de todo menos placentero para los viajeros de un convoy cargado hasta el límite. O quizá, sencillamente, se trataba de dejar paso a un transporte prioritario de armas y munición para el frente, o de soldados alemanes heridos, pues la Wehrmacht estaba ya sufriendo continuos reveses en su lucha contra la URSS. Sea como fuere, el tren ora aceleraba, ora frenaba con violencia, para proseguir la marcha con brusquedad tirando de las cadenas de los vagones. Los viajeros, de pie y agolpados, se precipitaban unos sobre otros o, peor aún, se caían directamente al suelo, sin más espacio que el que llenaban las camillas de los heridos. Solo por los quejidos y las imprecaciones en polaco uno podía adivinar el origen de los pasajeros de ese convoy alemán.

El doctor Wojnicki, sentado en una esquina, había sido hecho prisionero durante el levantamiento de Varsovia cuando iba a ver a su esposa mientras hacía uso de un breve permiso entre dos operaciones. No le dieron trato de soldado, ni lo fusilaron en las ruinas de la ciudad. Los alemanes al día siguiente, tras un cuidadoso proceso de selección en el campo de Pruszków, metieron al doctor y a otros detenidos en un vagón de ganado.

El tren partió aún de día en dirección al suroeste, directamente hacia la frontera entre los terrenos ocupados del llamado Gobierno General y el Reich propiamente dicho. El peligro de acabar en los pavorosos Auschwitz, Birkenau, Plaszów, Gross-Rosen, Dachau o en algún otro campo de exterminio alemán tenía permanentemente inquietos a Wojnicki y a sus compañeros de viaje. Si fuera de día podrían mirar a través de las pequeñas ventanas y hacerse una idea de la dirección que llevaba el tren. Quizá podrían determinar qué localidades les precedían si pudieran ver las estaciones por las que pasaban. Pero era de noche y durante las paradas al descampado solo un adivino sabría decir dónde los estaban llevando los alemanes en realidad. El médico no podía dormir y, en vela entre sus pacientes, escuchaba las conversaciones a su alrededor.

—¿Y dónde nos llevan, majete? —preguntó un hombre mayor con la cabeza vendada y un ojo cubierto—. Porque yo, así de tuerto como voy, no podría reconocer ni a mi respetable esposa.

— Yo majete era cuando iba a hacer la primera comunión. Ahora puedo servir para asustar a los niños. Tiene usted el otro ojo bueno, pues mire —murmuró un joven lleno de quemaduras y con el cuerpo tan vendado que lo único que se le veía era la cara—. No le puedo ayudar. No me voy a levantar a mirar por la ventana a dónde nos llevan, caray.

—Era solo una guasa, majete. Si no se ve nada en estas tinieblas. Y, lo que es más importante: no nos detenemos.

—Pero ¿a dónde vamos?

—Todo el rato en dirección a nuestro fin.

—Pero ¿cuál es? Y no me venga con el fin eterno, que ya le he oído antes las tonterías que dice.

—Si ya sabes dónde acabaron los convoyes de los presos de la cárcel de Pawiak, o los de Pruszków... Vaya tontería de pregunta.

—Si supiera que vamos a Auschwitz, hubiera preferido una bala durante el levantamiento y haberme quedado tieso allí de una vez. Lo juro.

—A decir verdad, le faltó poco... —intercaló alguien cercano, mirando compasivamente al joven, que parecía un muñeco, vendado de arriba a abajo.

Se unió a la conversación una mujer joven, tumbada en una camilla y cubierta con una manta, debajo de la cual se notaba que le faltaban ambas piernas.

—En 1940 se llevaron a mi padre a Auschwitz. Tres meses después nos mandaron una breve nota diciendo que había muerto de una pulmonía.

—¡Seguro! ¡Ja! Eso es lo que les decían a todos esas cucarachas alemanas. Del mío dijeron que había tenido un infarto. Curioso, porque en Varsovia estaba la mar de sano. En cuanto se lo llevaron al campo de concentración, se murió como quien no quiere la cosa.

—Mientras nos hacían subir, los alemanes comentaban que nos mandaban a campos de prisioneros en el Reich —añadió la enfermera que atendía el vagón—. También decían que podíamos sentirnos seguros y que no eran una amenaza para nosotros.

—Nos llevan para trabajar. Fijo. Necesitan mano de obra para salvar su *heimat*. A los militares se los pueden llevar a campos de concentración para que no les hagan otro

levantamiento —dijo alguien desde el fondo del vagón, dándoselas de listo—. Con los civiles lo que quieren es ganar dinero.

—De momento, estamos vivos. Y eso es lo que importa. No faltan las buenas gentes en ningún sitio. La guerra está terminando, solo hay que llegar a la meta de una pieza —dijo el tuerto, frotándose su único ojo, que no dejaba de lagrimar—. Yo no he provocado esta guerra y yo no seré el que la termine. Yo soy un donnadie. Y por eso, me parece que lo mejor es echarse a un lado y esperar a que lo acaben por nosotros otros más fuertes e importantes.

—¿Y cómo sabe usted disimular tanto tiempo que no tiene miedo?

—Cuando me viene un miedo grande, señor majete, pero uno grande de verdad, yo prefiero esperar y asustarme cuando está ya bien cerca. Mientras tanto, que se canse según se acerca. A lo mejor, entonces me llega más débil —concluyó sentenciosamente el tuerto.

Tras esta declaración de intenciones se hizo un breve silencio y entonces uno de los que estaban junto a una ventana, se percató que el tren no se movía desde hacía tiempo.

—¡Nos hemos parado! —exclamó de repente, y una docena de viajeros se alzó de un salto con la intención de mirar por las ventanillas.

—¿Se ve algo? —preguntaban los enfermos postrados en las camillas y que no podían hacer nada para levantarse.

—Se ven unas luces.

—Y unos andenes, o algo así.

—Y ¿qué más?

—¡Oh, joder! Alemanes con pistolas y con perros.

—Pero ¿dónde estamos?

—No se sabe...

Con gran estruendo los vigilantes alemanes recorrieron el cerrojo de la puerta y dando voces apresuraron a los polacos para que abandonaran los vagones inmediatamente.

—Que no sea Oswiecim... Que no sea Oswiecim... —rezaba una anciana, haciendo sin cesar la señal de la cruz mientras el resto del grupo se disponía a salir por la rampa.

—¡Oh, Dios! —gritó alguien al divisar las torrecillas de vigilancia del campo—. Esto de verdad es...

—...Auschwitz —terminó otro la frase.

Para acelerar el funcionamiento de su máquina de exterminio, los nazis habían construido una nueva rampa dentro del campo de Birkenau. Gracias a ella, los prisioneros iban en directo desde el tren a las cámaras de gas, ahorrándose una distancia de varios cientos de metros. En el verano de 1944 el número de prisioneros en Auschwitz y en los campos filiales superó las ciento treinta y cinco mil personas. Ese fue el máximo al que se llegó, quizá fuera también el tope de «producción» de este campo de la muerte. Justo en ese tiempo comenzó a frenar la máquina de exterminio germana.

Tras una gigantesca y vertiginosa operación ofensiva del Ejército Rojo (operación Bagration), el frente oriental quedó a las puertas de Varsovia y se detuvo siguiendo la línea de los ríos Vístula y Wislok. Desde la cabeza de puente ocupada por los soviéticos en Sandomierz, doscientos kilómetros separaban a las tropas de Oswiecim. Teniendo en cuenta la rapidez de las últimas acciones del Ejército Rojo, la distancia era muy poca. Eso explica que los nazis comenzaran a tomarse en serio la idea de evacuar el campo. Simultáneamente, los alemanes trataron de borrar las huellas de sus crímenes y de deshacerse de los testigos.

Por eso, durante las semanas siguientes eliminaron a los presos que formaban parte del Sonderkommando, que estaban a cargo de las

cámaras de gas y de los hornos crematorios. Al mismo tiempo, se dispusieron a quemar a gran escala documentos ya innecesarios (catálogos y listas de presos) que en el futuro pudieran servir como pruebas del genocidio. También simultáneamente comenzaron a enviar desde Auschwitz al interior del Reich convoyes ferroviarios de presos destinados a trabajos forzados en servicio de los alemanes. Durante el proceso de selección se prestaba una particular atención a si eran o no aptos para seguir trabajando.

Después del grupo de desterrados de la región de Zamosc, una nueva ola de presos polacos llegó a KL Auschwitz tras el estallido del Levantamiento de Varsovia. Entonces se transportaron más de trece mil varsovianos, incluyendo a mil cuatrocientos niños.

Prácticamente todos los polacos, rusos y checos —calificados por las autoridades del campo como elemento proclive a amotinarse o fugarse— debían transportarse al interior del Reich. Prevenir el riesgo de fuga era de vital importancia, teniendo en cuenta la cercanía del frente oriental. Así pues, sesenta y cinco mil personas fueron evacuadas de Auschwitz y sus campos secundarios. En el territorio de Birkenau se procedió a eliminar las fosas de la muerte. Allí se encontraban las cenizas de aquellos que habían pasado por el crematorio. Las SS dieron orden de sacar la ceniza de las fosas, cubrir estas fatales zanjas con tierra y poner césped por encima para camuflarlas bien. A partir de noviembre de 1944, los alemanes dejaron de mandar a las cámaras de gas a los judíos que llegaban y a los prisioneros considerados como no aptos para el trabajo. Uno de los hornos crematorios sería demolido hasta los cimientos y en los demás pusieron cargas explosivas que podían hacer estallar en cualquier momento. Algún tiempo antes ya habían demolido, parte por parte, las cámaras de gas y los hornos y enviado todo el equipamiento al interior del Reich. La ampliación del campo quedó totalmente paralizada debido a la cercanía del frente. Incluso comenzaron a desmontar algunas de las barracas de madera y a enviar las estructuras a Alemania. Estas labores no fueron óbice para ocuparse de las posesiones incautadas

a las víctimas; el envío de objetos robados continuó hasta el final. En las últimas semanas, antes de la liberación, varios cientos de miles de artículos textiles, vestidos, ropa interior masculina, femenina e infantil estaban siendo preparados para transportarlos a unos almacenes llamados Kanada I y Kanada II.

La rampa estaba inundada por la luz. Los pasajeros, después de un día y medio encerrados en la oscuridad de los vagones de ganado, parpadeaban ahora, cegados por la luz de los reflectores. Salían inseguros, estrechando contra su pecho las pocas pertenencias que había logrado retener con ellos. Los perros de los SS ladraban como locos, tratándose de escaparse de sus amos, que los tenían agarrados con correas cuádruples. El aire era fresco, por fin, y después de tantas horas de peste y estrecheces podían respirar a pleno pulmón.

—¿Oswiecim? Pero esto debe ser un error. ¡Es imposible! Yo no he hecho nada. No soy militar. Si yo ni siquiera... —Empezó a gemir un grueso caballero que llevaba un elegante abrigo— Hay que aclarar esto. Nos habían prometido que nos llevaban a trabajar a Alemania...

—Yaaa, pues vaya al del látigo —le aconsejó con sorna el tuerto—. Lo mismo le firma un certificado de que no ha provocado usted el alzamiento. Señor majete —Se dirigió ahora extrañado a su compañero, que inesperadamente se había alzado de su camilla y estaba de pie en el andén con los demás—. ¿Ya se ha recuperado usted?

—Haré lo que pueda. Seguro que no necesitan gente en camilla —respondió mientras se apoyaba ora en una pierna, ora en la otra.

Un niño que llevaba en brazos un gran gato negro que no dejaba de bufar a los perros de los SS se separó de los mayores y se acercó a una guardiana que estaba hablando con unos

oficiales. Esperó educadamente a que acabara la conversación y le dio el gato. *Bitte, proszę*. La mujer tomó el gato de manos del chico sin mostrar extrañeza. Acarició la cabeza del pequeño y con un delicado gesto lo conminó a volver con los demás prisioneros.

El doctor Wojnicki, aprovechando que le tapaban las anchas espaldas de su compañero, se sacó del bolsillo un pañuelo en el que había dos pedazos de pan. Tiempo atrás estuvo cuidando durante meses al gran actor Stefan Jaracz, que había sido liberado de Auschwitz, así que sabía que antes de que los prisioneros de un nuevo transporte fueran admitidos en el campo, los alemanes los encerrarían en las barracas de cuarentena. Sin darles de comer, pero después de haberles hecho una revisión. Por lo tanto, parecía prudente comerse las provisiones precisamente en ese momento.

Efectivamente, tardaron dos días en sacarlos de la viscosa barraca sin suelo firme en la que los alemanes habían metido a más de mil personas. Durante ese tiempo los presos veteranos estuvieron trayéndoles agua a escondidas, mientras buscaban a conocidos entre los recién llegados.

Por fin, los alemanes ordenaron que los prisioneros fueran del bloque de cuarentena al campo, pasando por los baños: los despojaron del oro y de todas sus alhajas y a cambio de la *kennkarte* les entregaron un papelito con su nombre y apellido. Después los llevaron a los baños, desnudos, como si fueran una manada.



*Auschwitz. Transporte de nuevos presidiarios, seguramente en mayo o julio de 1944
(Wikipedia)*



Barraca masculina de cuarentena. En primer plano, la letrina. (Wikipedia)



La calle varsoviaña Krakowskie Przedmieście, destrozada por las acciones bélicas. En primer plano el monumento a Nicolás Copérnico (Narodowe Archiwum Cyfrowe).

LA CAPITULACIÓN

Otoño de 1944

Dos jóvenes mujeres vestidas con uniforme militar y brazalete blanquirrojo soportaban firmes la soflama de un médico. No había nada extraño en ello, sobre todo si tenemos en cuenta que Zofia y Maria Bellert se encontraban delante de su padre, Józef Bellert:

—Han firmado el alto el fuego con los alemanes y el alzamiento va a capitular. De un momento a otro los alemanes entrarán en nuestro distrito y no sabemos lo que pasará. Se dice que van a respetar los derechos de la convención de Ginebra, tal y como está previsto en el protocolo del alto el fuego, pero yo de estos puñeteros no me creo nada. Todo el mundo sabe de las masacres del barrio de Wola y del casco antiguo. Por eso, os lo repito: os asigno servicios auxiliares en mi hospital de la Cruz Roja. ¿Entendéis? El comandante del Ejército Nacional va a emitir una orden en la que agradece a todos su actitud durante el combate y os exime de vuestros deberes actuales. Cada uno de los insurgentes puede ir donde le apetezca: puede entregarse a los alemanes como soldado del Ejército Nacional, fingir ser un civil o salvar el pellejo por su cuenta. Después de la capitulación, con los alemanes

van a entrar soldados del este que son unos auténticos salvajes. Ya habéis oído más de una vez que los muchachos de Vlasov y los ucranianos no dejan pasar a una chica guapa, saquean y asesinan. Por eso como oficial del Ejército polaco y como vuestro padre, os ordeno que os quedéis aquí. Sé que en el mar y en la guerra no crecen las flores, pero también sé por experiencia que el símbolo de la Cruz Roja ha salvado más de una vida. Quedaos aquí. Por favor os lo pido.

—Papá —respondió tras una pausa Zofia, la mayor—. Pero tenemos que avisar a los de nuestro destacamento de que nos vamos.

—La entrada de los alemanes quizá sea cosa de pocas horas... y aquí hay tanto que hacer. Contaba con vuestra ayuda.

—Nos basta una hora. Nada más —replicó sonriendo Maria, la pequeña, viendo que su padre bajaba el tono y que había posibilidad de entenderse.

—Id —dijo al fin. Pero añadió con firmeza—. Pero presentaos aquí en una hora, ni un minuto más.

Cuando sus hijas partieron hacia su unidad, Józef Bellert volvió a sus obligaciones. Por suerte, el alto anuncio del fuego había evitado que hubiera más víctimas y ya no traían más heridos al hospital. Pero ante la capitulación y la entrada de los alemanes quedaba tanto por hacer que los miembros de la Cruz Roja polaca parecían multiplicarse, trajinando como posesos. Primero había que adecentar el hospital y que se pareciese a una institución civil, así que debía desaparecer todo aquello sugiriera que había insurgentes entre los heridos. Por eso quitaron a los pacientes algunas piezas de sus uniformes y de su equipamiento, e incluso armas que habían introducido en la clínica a escondidas. Localizaron una docena de pistolas de las que los soldados heridos no querían desprenderse. En el patio crecía, por momentos, una pira donde se amontonaron anoraks militares, cazadoras, jerséis, pantalones, botas,

cinturones, mochilas, morrales, pistoleras y cartucheras. Las pistolas, poco después, se escondieron entre las ruinas de la ciudad, lo más apartado posible del hospital; las piezas de uniforme se rociaron con gasolina y se quemaron, y los elementos de piel acababan sencillamente en las alcantarillas.

Paradójicamente, lo que más les costaba a los soldados heridos no era deshacerse de sus armas, sino de los brazaletes blanquirrojos. Por lo demás, lo mismo ocurría con el personal médico, que siempre llevaba dos brazaletes: uno blanquirrojo y otro blanco con el emblema de la Cruz Roja. Quienes pudieron, se llevaron sus brazaletes y los escondieron en sus casas o entre las ruinas, con la esperanza que no tardarían en regresar a Varsovia y de que encontrarían el símbolo de aquellos heroicos dos meses de lucha.

Izaron delante del hospital una bandera blanca recién lavada y a alguien se le ocurrió pintar con trozos de ladrillos rotos el símbolo de la Cruz Roja en todas las paredes de los edificios del hospital. Para terminar, en la medida de lo posible, hicieron las camas y dieron ropa interior limpia a los pacientes. Lo mismo hicieron los médicos y las enfermeras: se pusieron delantales blancos recién lavados y brazaletes limpios con la cruz roja, emblema de la benéfica institución.

Pasados cincuenta minutos llegaron jadeantes las hermanas Bellert y se presentaron delante de su padre. Este ya tenía preparadas unas batas blancas y brazaletes de la Cruz Roja. Mientras las chicas se cambiaban a toda prisa, asemejándose al personal médico, la mayor de ellas preguntó a su padre como quien no quiere la cosa:

—Papá, ¿no tenéis ningún alemán en el hospital?

Al principio no comprendió a qué se refería, hasta que su hija le explicó la idea:

—Nos han aconsejado que para la seguridad del hospital habría que poner junto a la entrada camas con alemanes heridos

o enfermos que estén en el hospital. Así, nada más entrar los nazis se encontrarán con compatriotas suyos a los que los polacos no solo no han matado, sino que les han devuelto la salud. Eso puede salvar el hospital, la vida de los médicos, las enfermeras, los enfermos, e incluso la de los insurgentes heridos. Se dice que ya ha habido casos así durante el levantamiento.

El doctor Bellert se quedó pensativo unos instantes.

—Ahora me encargo de esto —Se acercó a sus hijas, las abrazó, les acarició el pelo y las besó en la frente—. Pero hay que darse prisa. Me acaban de avisar de que el traspaso del hospital al ejército alemán va a tener lugar de un momento a otro.

—Y ¿no estaría bien salir con una bandera blanca?

—No hace falta. El edificio está bien señalado con la cruz roja y el alto el fuego ya está ha entrado en vigor. ¿Oís? Silencio. Ni un disparo...

En el porche del amplio edificio, el grupito de médicos y enfermeras del hospital castrense esperaba nerviosamente la llegada de los primeros soldados alemanes.

—Hhss. Creo que oigo algo...

Efectivamente. Desde el otro lado de la puerta llegaba el ruido de pisadas firmes y un griterío de órdenes emitidas en alemán.

—Parece que son alemanes.

—Menos mal que no son soldados de Vlasov.

—Silencio...

Alguien, desde el otro lado del portón, comenzó a dar fuertes golpes de culata y poco después una de las hojas de la puerta cayó bajo el empuje de los hombros de los soldados de la Wehrmacht. Aún no había cesado el polvo provocado por el destrozo cuando varios soldados, con sus armas listas para disparar, entraron en el edificio. Antes de que gritaran su *Hände hoch*, los miembros del personal del hospital se presentaron ya con las manos arriba, por si acaso. Los militares los cercaron y los chequearon escrupulosamente.

El oficial al mando —un hombre de pelo claro— dio orden de que sacar al equipo médico a la calle, pero entonces se escuchó una conversación en alemán desde el interior, donde estaban las primeras camas. Eran los alemanes heridos y enfermos, informando acerca de su cautividad. Querían interceder por los médicos y enfermeras polacos, previendo la amenaza que se cernía sobre ellos.

—Teniente, se presenta el *gefreiter* Schmidt. Fui capturado al principio del alzamiento y he tenido la suerte de sobrevivir hasta mi liberación. *Danke Kameraden*.

—¿Te hicieron eso los polacos? —preguntó el oficial, señalando a su pierna escayolada y recubierta de vendas.

—No, *mein Leutnant*. Fue metralla de artillería. De nuestra artillería.

—¿Y tú? —preguntó el teniente al siguiente.

—Se me vino encima un techo sobre el que cayeron las bombas de un *stuka*.

—Y a ti, ¿qué te pasa? —Se notaba que el teniente trataba de encontrar a alguien perjudicado por los polacos.

—Disentería, *Herr Leutnant*. Por falta de agua potable. Cuando los nuestros destrozaron el abastecimiento de agua y el alcantarillado me dio un patatús.

—¿Os han tratado bien? —molesto con las respuestas, el teniente siguió caminando entre las camas donde yacían sus compatriotas, observando sus rostros demacrados y examinando sus vendajes nuevos.

—*Ja, natürlich*. Nos trataron como prisioneros de guerra y en el hospital nos cuidaron igual que a sus heridos.

—La comida, *kameraden*, ¿qué hay de la comida? ¿Os daban de comer?

—*Jawohl, Herr Leutnant*. Por supuesto. Lo que tenían. Sopa, pan. Igual que a los polacos.



*Uno de los hospitales del Levantamiento de Varsovia.
(Archivo Nacional Digital de Polonia).*